

Educación, diferencia y arraigo

Francesc Torralba Roselló

Uno de los debates fundamentales de la educación en Cataluña que, por otro lado, tiene consecuencias en el orden político y administrativo, se polariza en torno a los conceptos de *diferencia* y *arraigo*.

En determinados ambientes pedagógicos catalanes, se considera imprescindible una educación *de la* diferencia y *para la* diferencia. Según esta postura, Cataluña ha dejado de ser un espacio monolingüístico y monocultural y se convertido, por razones muy distintas de orden político, económico y social, en un mosaico plural de comunidades morales distintas, tanto desde el punto de vista lingüístico, como desde el punto de vista cultural e inclusive racial. Precisamente por este motivo, estos educadores consideran que la educación debe integrar y potenciar la convivencia y el buen entendimiento entre estos grupos humanos, a partir de unos valores fundamentales que tienen sus vértices en la justicia social, en la libertad, en el respeto y en la dignidad humana.

En los pequeños pueblos costeros de la comarca del Maresme, por ejemplo, es posible distinguir cinco comunidades distintas: una comunidad de personas que provienen de África negra, fundamentalmente, nigerianos, zaireños y angoleños, otra comunidad de personas que tiene como centro de gravedad el Islam, provenientes del Magreb, otra comunidad de personas que

nacieron en Andalucía y que vinieron a Cataluña, durante la dictadura franquista, a trabajar y a construir Cataluña con sus manos y con su sudor (son *los otros catalanes*, según F. Candel); existe además una comunidad de personas autóctonas, esto es, que nacieron en los pueblos costeros y que siempre han hablado catalán, también sus padres y sus abuelos y, finalmente, hay una comunidad de personas jóvenes bilingües, profesionales, padres y madres de familia, que viven y trabajan en Barcelona, pero duermen y descansan en los pueblos costeros por razones de calidad de vida o, simplemente, por motivos económicos.

Estos educadores arguyen que es necesario educar en la pluralidad lingüística y cultural, que es preciso educar para la integración y la convivencia y que el olvido de las raíces y de las posturas esencialistas constituye un requisito fundamental, una *conditio sine qua non*, para construir una sociedad plural, rica, tanto desde el punto de vista axiológico, como lingüístico y, si cabe, étnico. Atender la diferencia, respetar las lenguas y las costumbres de las distintas comunidades morales que viven y trabajan en Cataluña, desarrollar un amplio concepto de ciudadanía y de solidaridad social, no imponer jamás criterios absolutos o asimilistas, promover la interculturalidad más allá de la multiculturalidad o la yuxtaposición inconexa de cultu-

ras: he aquí algunos criterios educativos que se desprenden del paradigma de la diferencia. En definitiva, una educación capaz de transmitir la cultura de la integración y de superar los reduccionismos y las endogamias etnocéntricas que generan *ghettos*, aislamientos y, a la larga, recelos.

En otros ámbitos educativos, en cambio, se considera oportuno canalizar una educación que tenga como principal finalidad arraigar al educando en el terruño catalán, no sólo desde el punto de vista físico o geográfico, sino fundamentalmente, desde una vertiente histórica, metafísica e inclusive emotiva. Desde esta perspectiva claramente nacionalista y, hasta cierto punto reivindicativa frente a los imperalismos exógenos, Cataluña, como comunidad autónoma histórica posee una identidad y una herencia cultural propia que se cohesionan, como nervio central, alrededor de la lengua catalana, de la literatura y de unas instituciones que han sufrido un largo calvario para poder subsistir, especialmente durante los últimos cincuenta años.

Educar, desde esta perspectiva, es arraigar al sujeto en su comunidad natural, en sus paisajes humanos y naturales, hacerlo partícipe de la historia colectiva, facultar al educando para interpretar la cultura popular, las leyendas, los mitos ancestrales de la propia comunidad nacional, en definitiva, es construir en él un sentimiento sólido, funda-

mentado en la historia, un sentimiento de amor y respeto a la comunidad, a la historia y a la tradición.

Desde esta perspectiva, el desarraigo, esto es, la pérdida de las raíces culturales, lingüísticas e históricas constituye la pérdida de un mundo de vida, de una historia pasada que, por otro lado, es preciso conocer para escudriñar la propia identidad personal y colectiva. Si la lengua no es sólo un instrumento neutral de comunicación, sino un mundo, como dice L. Wittgenstein, entonces, educar en una determinada lengua, es también introducir al educando en un mundo de referencias y de valores morales. Precisamente por ello, los educadores esencialistas consideran trascendental la transmisión y la educación de la lengua catalana a las nuevas generaciones.

Uno de los caracteres propios del hombre contemporáneo, dicen estos educadores siguiendo a Heidegger es, precisamente, el desarraigo, la apatridia (*Heimatslosigkeit*). También R. Musil se lamenta de la desvertebración metafísica del hombre sin atributos, de su incapacidad para reconocerse en una historia colectiva, en un espacio natural. En cierto sentido, estos educadores consideran que es necesario ahondar en las raíces históricas y lingüísticas propias para descubrir la identidad de la colectividad y del pueblo donde pertenece el educando.

Educación es, para ellos, reconstruir la memoria colectiva en el presente, recordar la herencia popular e intelectual, el esfuerzo histórico de las generaciones precedentes. En estos ambientes, educar es arraigar al educando en la comunidad catalana, hacerlo apto para leer el mundo desde una lengua, desde una historia, desde una perspectiva determinada, lo que no significa necesariamente la exclusión de otras formas culturales, sino más bien lo contrario. Sólo desde las raíces culturales es posible la comunicación y el entendimiento entre las comu-



Corpus de sang, de A. Estruch. Sucesos del 7 de junio de 1640 en Cataluña, durante el reinado de Felipe IV, con *els segadors* en primer plano.

nidades. De otro modo, el contacto es puramente epidérmico o tangencial.

Ambas posturas, radicalizadas, constituyen, a mi modo de ver, un grave error educativo. Una educación para la diferencia que no considere los elementos propios de la historia como algo definitivo para subsistir como identidad es ciertamente peligrosa y puede llevar a una disolución y desintegración sincrética de las identidades, de las diferencias, a una especie de magma epidérmico donde no exista ya ninguna diferencia y todo sea lo mismo. Sería una grave pérdida histórica, la mutilación de una herencia milenaria que se ha transmitido generacionalmente con sangre, sudor y lágrimas. La pérdida de las diferencias culturales y lingüísticas sean del orden que sea, es, sin lugar a dudas, una pérdida de riqueza extraordinaria.

La segunda postura radicalizada, lleva también a graves consecuencias, puesto que puede desencade-

nar una política de exclusión y de marginación de las comunidades no autóctonas, e inclusive, un sentimiento de desprecio hacia lo diferente.

Se trata, en definitiva, de hallar el punto medio, el espacio vital de la virtud, según Aristóteles. Es necesario articular una educación capaz de integrar, pero también capaz de salvar las identidades nacionales, una educación abierta a los escenarios del futuro, pero que integre necesariamente la memoria colectiva. No hay nada peor que una educación que sufra amnesia. Sin embargo, es preciso educar en la memoria, pero sin resentimientos, ni posturas excluyentes o claramente maniqueas, en definitiva, integrar y arraigar a los educandos en un mismo espacio colectivo. Una educación receptiva pero, simultáneamente, enraizada en la historia. He aquí una tarea pendiente que se plantea de forma urgente en el nuevo escenario pluricultural de la Cataluña del siglo XXI.